

La imagen de Dios

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó».
Génesis 1:27

Los filósofos nos dicen que el hombre, tal como existe hoy, es mucho más brillante y avanzado de lo que jamás lo fue antes en la historia. Su afirmación es que la evolución nos ha llevado a este punto. Se ha llegado a la idea de que cada generación es mucho más brillante que la anterior porque los científicos han determinado, a partir de sus cálculos, que el hombre ha existido en la tierra durante millones de años, mejorando con cada generación. Dado que cada generación se ha vuelto más avanzada, concluyen que el hombre ha alcanzado ahora un nivel muy alto. ¿Es correcta esta filosofía?

¡Cuán felices estamos de que el gran Creador del universo nos haya proporcionado una fuente de información de la cual podemos descubrir qué es verdad y qué es mera filosofía. Él nos ha extendido una invitación, diciendo: «Entremos en la casa del Señor», y al entrar en su casa de aprendizaje llegaremos a encontrar el propio testimonio de Dios con respecto al hombre. Salmo 122:1

Aprendemos de esta fuente, la Biblia, que el hombre es «de la tierra», y que Dios lo formó del «polvo de la tierra». (1 Corintios 15:47; Génesis 2:7). Al soplarle, o infundirle, el «aliento de vida, [...] el hombre se convirtió en un alma viviente». En esta concisa descripción de la creación del hombre, no

hay ni la más mínima sugerencia de que una forma de vida evolucione a partir de otra, o de que una variedad menos compleja se convierta en un ser más complejo. Dios creó cada especie como una variedad de vida separada y distinta, tal como leemos en el capítulo uno de Génesis. Después de cada paso dado para preparar la tierra para sustentar la vida, y después de cada creación separada de plantas, peces, aves y criaturas terrestres, Dios declaró que «era bueno». Génesis 1:10, 21, 25, 31

En Génesis 1:26, 27 leemos que «Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza». Notamos en la declaración de Dios que sugirió un pensamiento plural: «Que tengan dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre el ganado, ... y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra». De esta declaración se desprende que, cuando Dios creó al hombre a su imagen, «varón y hembra los creó», quiso decir que tanto Adán como Eva serían muy similares a él mismo en diversos aspectos.

Las palabras «imagen» y «semejanza», en hebreo, significan parecido o modelo. El hombre fue creado a imagen de Dios. ¿En qué sentido era el hombre perfecto, Adán, un modelo de Dios? Ciertamente no en lo que respecta a su cuerpo. Nuestro Creador es un ser muy superior —un ser del espíritu— y el hombre es solo una criatura carnal, de la tierra. Sin embargo, nuestro Creador sí hizo al hombre como un reflejo de su imagen en algunos aspectos. En parte, este parecido, o imagen, residía en la capacidad del hombre para razonar, recordar, percibir ideas abstractas y directas, emitir juicios

morales y poseer cualidades intelectuales y estéticas.

Al hombre perfecto, Adán, se le otorgó una cualidad divina de conciencia, que le permitía distinguir entre el bien y el mal. Se le otorgó libre albedrío para que pudiera ejercer plenamente su capacidad de elección. De no ser así, la humanidad sería meras máquinas, y nuestras acciones estarían controladas por otra persona. Sin embargo, este no es el caso. Si así fuera, no habría ejercicio de habilidades o talentos, ni oportunidad de desarrollar caracteres individuales. Esta libertad de elección, por supuesto, puede ser buena o mala, dependiendo de cómo se utilice.

Adán eligió el pecado

Adán, ese glorioso ser humano, el primero en ser creado, fue dotado de todas las bendiciones físicas y mentales. Todo su entorno había sido preparado para garantizar su bienestar. El Creador le indicó muy claramente a Adán que, si obedecía la ley justa de Dios, viviría; si desobedecía el mandato justo de Dios, moriría (Génesis 2:15-17). Las instrucciones del Creador eran muy sencillas. La responsabilidad de que Adán fuera digno de vivir para siempre en el paraíso edénico dependía de su propia libertad de elección. Lamentablemente, fue llevado a elegir el pecado a través de la desobediencia. Como resultado de su caída de la perfección, toda la raza que Adán y Eva engendraron nació en pecado y bajo la pena de muerte por herencia. Salmo 51:5; Romanos 5:12

El reinado del pecado y la muerte ha continuado, y continuará, hasta que se haya cumplido el propósito

de Dios al permitirlo, y llegue el momento oportuno para que termine. En su amor, Dios sí proveyó un redentor, un salvador, incluso a su propio Hijo amado, Jesús, quien «gustaría la muerte» por cada hombre. (Hebreos 2:9). Esta provisión para la salvación del hombre de su justa sentencia de muerte fue un «regalo» de gracia gratuita. Romanos 5:15-18

Como resultado de la caída en el pecado de nuestros primeros padres y a lo largo de los muchos siglos transcurridos desde entonces, aquellas cualidades que, desde el principio, identificaban al hombre como imagen de su Creador solo se han encontrado en una porción relativamente pequeña de toda la familia humana en un grado notable. De hecho, algunos seres nobles han procurado cultivar tales gracias del carácter majestuoso de Dios; mientras que hay otros que simplemente se han revestido de una apariencia de divinidad. Esta apariencia puede dar lugar a un comportamiento exterior agradable, pero es posible que en sus corazones haya muy poco de la genuina pureza de carácter con la que Dios creó a nuestros primeros padres.

Puesto que Dios no puede trabajar con quienes carecen de las verdaderas virtudes, ha buscado diligentemente a aquellos de la familia humana que han mostrado las cualidades de la misericordia y el amor desde lo más profundo de su ser. A estos los ha favorecido a lo largo de los siglos, para llevar a cabo la realización de su plan. Consideremos a uno de estos favorecidos, quien durante una gran parte de su vida mostró algunas de estas cualidades más nobles. Este fue el hijo de David, Salomón.

Lecciones de Salomón

La libertad de elección de Salomón en sus últimos años lo llevó a ser víctima de las exigencias de sus muchas esposas y, como resultado, desagradó mucho a Dios. Sin embargo, en su juventud fue muy favorecido por Dios. Salomón pareció heredar de su padre las cualidades de la consideración, la capacidad de gobernar y el aprecio por la bondad del Señor, que David había aprendido anteriormente a los pies de Natán, el santo profeta.

Cuando David envejeció y se volvió demasiado débil para gobernar, su hijo Salomón, a la temprana edad de veinte años, asumió la pesada responsabilidad de gobernar a Israel. Podemos apreciar muy bien la oración que David pronunció en nombre de su querido hijo. Aquellos que son padres de hijos pueden apreciar fácilmente la preocupación de David por Salomón. Compartimos este mismo sentimiento hacia nuestros hijos, para que encuentren gracia ante los ojos de Dios y caminen con él rectamente.

En 1 Crónicas 28:9, 10, se registran las palabras que David le dijo a su hijo: «Y tú, mi hijo Salomón, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con devoción sincera y con mente dispuesta, porque el Señor escudriña todo corazón y comprende todo deseo y todo pensamiento. Si lo buscas, él se dejará encontrar por ti; pero si lo abandonas, él te rechazará para siempre. Considera ahora, pues el Señor te ha escogido para edificar una casa como santuario. Sé fuerte y haz la obra».

El Señor había elegido a Salomón para la construcción de un santuario, lo cual había sido el

sueño de toda la vida de David. Con la ayuda y el consejo del fiel profeta de Dios, Natán, y con el favor de Dios, Salomón se sumó rápidamente al espíritu del plan de su padre para construir el Templo. Sabía que el bienestar de Israel dependía de su adhesión a la Ley de Dios y de su adoración a Jehová.

Salomón pide sabiduría

En su gran amor por Dios, Salomón ofreció mil holocaustos en Gabaón. Deseaba tanto complacer a Dios que preparó esta gran ofrenda para su Creador. Mientras estaba en Gabaón, el nuevo y joven rey tuvo un sueño en el que el Señor se le apareció. (1 Reyes 3:5). Dios le dijo a Salomón: «Pide lo que quieras que te dé», y la respuesta de Salomón fue hermosa, una que solo podía provenir de un corazón amoroso. Salomón dijo: «No soy más que un niño pequeño; no sé cómo cumplir con mis deberes. ... Dale a tu siervo un corazón entendido para juzgar a tu pueblo, para que pueda discernir entre el bien y el mal; porque ¿quién es capaz de juzgar a este gran pueblo tuyo?» 1 Reyes 3:7-9

Dios valoró la sincera expresión del corazón de Salomón. Respondió a su petición de una manera maravillosa, otorgándole a Salomón un «corazón sabio y entendido». Nunca más se encontró entre los hombres imperfectos a nadie con la capacidad de juzgar tan sabiamente como Salomón (1 Reyes 3:10, 12). Debido a su petición desinteresada, Dios también le prometió: «También te he dado lo que no pediste, tanto riquezas como honra, de modo que no habrá entre los reyes nadie como tú en todos tus días. Y si andas en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo tu

padre David, entonces alargaré tus días». 1 Reyes 3:13, 14

Cuando Salomón despertó de su sueño, se alegró al darse cuenta de que su petición había sido del agrado de Dios. Se dirigió a Jerusalén y ofreció ofrendas de paz y holocaustos ante el Arca del Pacto (1 Reyes 3:15). Poco después, emprendió la gran tarea de construir el Templo de Israel, según las instrucciones del Señor.

La construcción del Templo

Recordamos cómo todas las piedras y las vigas para el Templo fueron preparadas, talladas y marcadas para sus lugares, y solo cuando estuvieron listas fueron llevadas al lugar. Cada pieza encajaba perfectamente, y cada una se unía a la siguiente sin el sonido de un martillo, sin el sonido de un hacha ni de ninguna herramienta de hierro. (1 Reyes 6:7). Aunque cada sección de este gran Templo se había preparado en diferentes lugares, cuando fueron llevadas al lugar destinado a su construcción, no hubo que cambiar nada.

¡Qué lección es esta para el cristiano! No debemos pensar ni por un momento que podemos pasar el tiempo sin preocuparnos, y que cuando lleguemos al final de nuestras vidas, de repente, milagrosamente, seremos aptos para nuestro lugar en el templo real. Este es el tiempo de la preparación. Debemos ser moldeados, cincelados, pulidos y contados ahora para el lugar especial que el Señor tiene en mente para nosotros en su templo espiritual.

Nos damos cuenta de que el templo de Salomón representaba una estructura mayor. «Vosotros sois

el templo del Dios viviente», dijo Pablo (2 Corintios 6:16). El tiempo para moldearnos y el tiempo para trabajar en la preparación del templo espiritual de Dios es ahora. (1 Corintios 3:9; Efesios 2:10; Filipenses 1:6; 2:12, 13). Cuando todas las piezas, o miembros, hayan sido preparadas durante sus vidas cristianas —preparadas en medio de este mundo «torcido y perverso»—, serán encajadas en su lugar adecuado en el Templo celestial simbólico. Filipenses 2:15

Hubo una gran celebración llena de alegría con motivo de la dedicación del templo de Salomón. (1 Reyes 8:65, 66). Habrá gran alegría en el cielo y en la tierra cuando Cristo, el Templo espiritual de Dios, esté completo, ensamblado y cuando la gloria de Dios entre en él. Toda la tierra se beneficiará de la finalización de ese Templo y será bendecida, así como el Israel natural alcanzó el cenit de su prosperidad bajo el reinado de un Salomón. Efesios 2:19-22; Revelación 3:12; 21:22-26

Nuestros días

Dejando al sabio rey Salomón en este momento de su vida, volvemos a reflexionar sobre nuestros días. Vemos que la invitación del Padre Celestial sigue dirigida a aquellos en quienes Él encuentra una medida de la semejanza original del hombre con Él mismo. Aquellos que poseen las cualidades originales de amor y obediencia a Dios responden a una invitación y un servicio aún mayores que los de Salomón u otros personajes nobles de épocas pasadas. El mero hecho de que aún veamos a algunos dedicando sus vidas a Dios en la consagración a él, para seguir los pasos de su Hijo unigénito, es evidencia para nosotros de que esta

obra de llamada y el pulido, cincelado y moldeado relacionados con ella, aún continúan. Nos damos cuenta de que este es, en efecto, el método para llevar a cabo el plan de salvación propuesto hace mucho tiempo por el Padre Celestial. Sabemos además que todas las cosas cooperan para el bien de aquellos que aman a Dios, aquellos a quienes Él ha llamado según su propósito: «Porque previó a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». Romanos 8:28, 29

Esta Escritura nos informa que una clase predeterminada —la iglesia— debe ser copia, imagen del Hijo de Dios, quien también es una copia e imagen del Padre. Como cristianos, ninguno de nosotros en esta vida puede llegar a ser perfecto como lo fue Jesús, por mucho que lo intentemos y por mucho tiempo que lo hagamos. Tampoco podemos tomar este honor por nuestra propia elección. Si hemos sido invitados a ser seguidores asidos de Jesús, este honor nos fue concedido por Dios. 1 Tesalonicenses 2:12; Hebreos 5:4

Esto arroja luz sobre el asunto, pues cuando miramos a nuestros hermanos cristianos, al darnos cuenta de que recibieron la misma invitación que nosotros, atesoraremos su comunión en consecuencia. Hemos aceptado la invitación del Padre con corazones agradecidos: su provisión misericordiosa del sacrificio de Jesús que nos permite entrar en esta relación. Al hacerlo, y al revestirnos del manto de la justicia de nuestro Salvador para cubrir nuestras imperfecciones, haciéndonos aceptables ante Dios por el mérito del

sacrificio del rescate de Jesús, consagramos con alegría todo nuestro ser para comenzar a hacer aquellas cosas que agradan a nuestro Padre Celestial, incluso a un gran costo para nosotros mismos. Isaías 61:10; Romanos 12:1; Efesios 1:5-7

Antes de dar este importante paso, debemos haber considerado en oración lo que significa seguir las huellas de Jesús y convertirnos en una copia de él. Nuestros afectos deben estar puestos en las cosas de arriba (Colosenses 3:2). La nueva voluntad, la nueva mente, debe desarrollar los frutos y las gracias del espíritu. Para convertirse en una copia de Jesús, uno debe esforzarse siempre por desarrollar y exhibir estas cualidades de carácter. (Gálatas 5:22, 23; 2 Pedro 1:5-7). Debemos esforzarnos por alcanzar todos los sentimientos que agradan a Dios y están en armonía con el espíritu del Señor, aunque esto requiera toda una vida de desarrollo bajo las influencias formadoras del Padre Celestial.

No solo se debe demostrar amor por el Señor, la Verdad y los hermanos, sino que también debe haber una preocupación amorosa y compasiva por el mundo. Para ser semejantes al Señor Jesús, debemos tener un profundo respeto por la creación que gime, incluso por nuestros enemigos, aquellos que nos maltratan. Mateo 22:37-39; Juan 13:34, 35; Lucas 6:27, 28

Obediencia del corazón

Proverbios 4:23 dice: «Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él brotan los manantiales de la vida». En el caso de los seguidores asidos de Jesús, nuestro derecho a formar parte del Templo espiritual

de Dios se determinará según cómo desarrollemos nuestros corazones ahora. Tenemos este «tesoro en vasos de barro», y las cargas del mundo y nuestras debilidades de la carne intentarán alejarnos de nuestra meta. (2 Corintios 4:7). Sin embargo, al igual que el padre Adán, el rey Salomón e incluso nuestro Señor Jesús, también tenemos libre albedrío a la hora de decidir a quién rendiremos la obediencia de nuestro corazón. No se nos ha obligado a servir al Señor, a la Verdad o a los hermanos. Es nuestra libre elección. Con los ojos fijos en Jesús, podemos llegar a ser como él. Nuestro deseo de caminar por el camino que Jesús caminó es un deseo noble. Nuestra meta es ocupar el lugar en el Templo al que el Padre nos ha invitado tan generosamente, y solo se puede alcanzar al conformarnos a la imagen de su amado Hijo. Romanos 8:29; 2 Corintios 3:18

Quizás nos hayamos preguntado cómo será la experiencia, si somos fieles, de ser resucitados como seres espirituales, cuando seamos bendecidos con el maravilloso privilegio de escuchar las palabras: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mateo 25:21). Las Escrituras nos proporcionan cierta información al respecto.

Más allá del velo

El apóstol Pablo nos dice: «Si hemos sido unidos juntos en la semejanza de la muerte [de Jesús], también lo seremos en la semejanza de su resurrección» (Romanos 6:5). ¿Cuál es la «semejanza» de nuestro Señor desde la resurrección? ¡Hebreos 1:3 nos dice que Jesús es la «imagen exacta», o copia exacta, de Dios! Aquellos

que sigan fielmente los pasos de sacrificio y servicio de Jesús, y que mediante «la perseverancia en hacer el bien busquen la gloria, el honor y la inmortalidad», serán hechos semejantes a su Señor y Cabeza: todos miembros de la familia divina de Dios. Romanos 2:7

Hay otra reflexión sobre la expresión «imagen exacta». Es cierto que nuestro Señor había sido semejante al Padre en su condición angelical prehumana como el «Logos». Incluso cuando vino a la tierra como ser humano, era semejante a Dios, porque su carácter siempre estuvo en completa armonía con el de su Padre. Sin embargo, el apóstol Pablo nos dice que Jesús ahora «se ha sentado a la diestra de la Majestad en las alturas», habiendo sido obediente hasta la muerte, incluso la muerte en la cruz. Por eso, Dios lo exaltó sobremanera y le dio un nombre que está por encima de todo nombre. Jesús es ahora, aún más plenamente, la «imagen misma» del Dios invisible, compartiendo la naturaleza divina. Hebreos 1:3; Filipenses 2:8, 9; Colosenses 1:15

Leemos también: «Mirad qué amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que, cuando él se manifieste [griego: se haga manifiesto], seremos como él; porque lo veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro». 1 Juan 3:1-3

Así, vemos que nuestro Señor Jesús es ahora la imagen y semejanza exactas de Dios, aunque nuestro Padre Celestial ha sido y siempre será

mayor que todos. (Juan 10:29; 14:28; 1 Corintios 15:24-28). A Jesús se le ha dado esta recompensa por su fiel servicio. Nunca vaciló en su sumisión a hacer la voluntad de su Padre, a pesar del costo. Dios lo ha exaltado en gran manera, y se complace en hacer lo mismo con los miembros «llamados, elegidos y fieles» de la iglesia, la novia de Jesús, su cuerpo. (Apocalipsis 17:14; 19:7,8; 21:2; 1 Corintios 12:12,27). Estos serán resucitados a semejanza del Señor Jesús. Esta es una promesa magnífica que podemos heredar, y heredaremos, si somos obedientes y fieles, ¡incluso hasta la muerte! Apocalipsis 2:10). Pablo lo expresó de esta manera: «Os habéis despojado del viejo hombre con sus obras; y os habéis revestido del nuevo, el cual se renueva en conocimiento a imagen de aquel que lo creó». «Así como hemos llevado la imagen del terrenal [Adán], también llevaremos la imagen del celestial [la semejanza de Dios]». Colosenses 3:9, 10; 1 Corintios 15:49